

Entre realidades y paradigmas: reseña crítica basada en la obra *La lámpara maravillosa* de William Ospina

Indira Giselle Campaña Barrionuevo

Astrid Carolina Bastidas

Yesica Viviana Estupiñán

Estudiantes del Programa de Trabajo Social

Universidad Mariana

William Ospina es un destacado escritor, poeta, novelista y político colombiano, nacido en Herveo, Tolima. A lo largo de su prolífica carrera, ha sido galardonado con varios premios y reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Ensayo, de la Universidad de Nariño en Pasto, y el Premio Nacional de Poesía, del Instituto Colombiano de Cultura. Además, obtuvo el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades, tanto de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín como de la Universidad del Tolima. Entre sus obras más relevantes se encuentran las siguientes: *¿Dónde está la franja amarilla?*, *El país de la canela* y *La lámpara maravillosa*. Esta última es un compendio de ensayos que reflexionan a profundidad sobre la búsqueda del sujeto hacia la comprensión de sí mismo y del mundo que le rodea, desde una perspectiva filosófica y social centrada en la realidad colombiana.

La obra denominada *La lámpara maravillosa* inicia con una crítica acerca de la desinformación como problema prevalente en la sociedad contemporánea; el autor destaca especialmente cómo el periodismo y los medios de comunicación han debilitado la capacidad de discernimiento al controlar la información dentro del consumismo desmedido y la gratificación instantánea. Al respecto, Ospina (2012) señala que «no ha habido una época tan frívola y

tan ignorante como esta, [...] sujetas a las manipulaciones de la información» (p. 12). En consecuencia, se produce un detrimento en la capacidad humana para comprender el entorno a través del pensamiento crítico. Esta situación deja a los individuos sujetos a dinámicas de una sociedad capitalista que restringe la búsqueda intelectual para interpretar de manera autónoma el significado del mundo.

Otro efecto desencadenado por la vigente estructura social que parece estar desconectada de la naturaleza reflexiva del ser humano es la promoción del individualismo, impulsada por la exaltación del lucro. A juicio de Ospina, se priorizan «modelos que uniformizan el hecho de aprender, como un producto igual para todos, y eso solo vale para lo que llamaríamos las ciencias cuantitativas» (p. 20). En este sentido, el sistema educativo desempeña un rol fundamental en la formación integral de las personas, ya que desde la infancia se inculcan no solo estudios académicos, sino también normas y valores que promueven el compañerismo y la cooperación colectiva; sin embargo, desde la lógica expuesta, esto no logra instaurarse.

También, el autor reflexiona acerca del positivismo, de lo cual indica que las bases epistemológicas pueden llegar a obstaculizar el sentido existencial de la vida cuando en el aprendizaje convencional privilegia un método de instrucción que sigue una lógica hegemónica, pasando de lo general a lo particular. De ahí que, el autor considera fundamental mencionar que, en esta época, persiste esta creencia: «El conocimiento no es algo que se crea, sino que se recibe, hace que olvidemos interrogar el mundo a partir de lo que somos, y fundar nuestras expectativas en nuestras propias necesidades» (Ospina, 2012, p. 27). Esta situación que plantea el autor entorpece el proceso de enseñanza cuando el maestro no incorpora en su pedagogía las diversas perspectivas que cada estudiante puede aportar en la comprensión del contexto.

El sistema educativo en sí mismo, a menudo descuida la exploración introspectiva del sentido de vida hacia quien recibe sabiduría, en lugar de ello, se centra en transmitir indicaciones ligadas más a la memoria que al verdadero desarrollo personal. Desde la perspectiva de Ospina (2012), los docentes deberían ser reconocidos como el recurso máspreciado de una sociedad. Esto implica para el maestro, que potencie un ejercicio didáctico apartado del autoritarismo ante el cual, se reconozcan las necesidades particulares de cada educando.

Es así que, el ambiente dentro de las aulas escolares a menudo no coincide con el ideal de promover la conciencia personal ante las capacidades y habilidades singulares, ni tampoco incentiva la noción de la educación como una contribución significativa a la sociedad que otorga ciudadanos íntegramente desarrollados. Dicho en palabras del escritor, es inconcebible aceptar que “todos los estudiantes son idénticos” (Ospina, 2012, p.76). Por ello es crucial que los escenarios educativos utilicen los saberes adquiridos como herramientas de refuerzo hacia la autenticidad de la persona, en lugar de brindar un simple adiestramiento.

Al mismo tiempo, es valioso fomentar el espíritu solidario y fortalecer las relaciones interpersonales con los demás. No obstante, se establece que “la educación está hecha para reforzar la idea de individuo que se forjó y ha fortalecido la modernidad” (Ospina, 2012, p.19). Por ende, los planteles educativos también se convierten en escenarios claves para desarrollar habilidades sociales; participar activamente y convivir con sus pares. Aquí, los alumnos tienen la oportunidad de interactuar, trabajar en equipo y desarrollar empatía.

En este orden de ideas, sería fundamental dar prioridad a la ética, que constituye el cimiento de nuestros valores, con el propósito de aplicar un sentido de coherencia en todas las esferas de la vida, de modo que, es esencial adoptar un enfoque que implemente la auto realización, tal como lo enfatiza el libro: “necesitamos profesionales si no felices por lo menos altamente satisfechos de la profesión que han escogido, del oficio que cumplen” (Ospina, 2012, p.26). Por el contrario, cuando la búsqueda de rentabilidad predomina, la vocación se ve relegada a un segundo plano, lo que conlleva a una desconexión significativa del valor humano.

Dentro de este escenario, se pierde de vista el apoyo comunitario ligado al progreso social para la obtención exclusiva de ingresos personales, y es tanto este salvajismo, que ni siquiera importa el cómo se obtienen los recursos para alcanzar tal fin. A partir de esto, subyacen diferentes problemáticas localizadas en Colombia, direccionadas justamente a este propósito individualizado, «demostrando que la riqueza separada de un sentido profundo de dignidad y de comunidad solo trae espanto a los individuos y a las sociedades» (Ospina, 2012, p. 26), entre ellas, se destaca el narcotráfico, una de las industrias ilegales más productivas que ha dejado un impacto devastador en la estabilidad social, económica y política del país.

Entonces, ¿qué sería de la educación sin resaltar la notable labor del lenguaje en la humanidad? La asociatividad que impregna el elemento y el conocimiento es omnipresente en el modelo educativo, así lo resalta el autor cuando enuncia que aquel término «no ha dejado de ser ese instrumento para responder a los peligros del mundo para compartir las experiencias, examinar los acontecimientos, encontrar soluciones y expresar nuestro asombro o nuestra satisfacción» (Ospina, 2012, p. 54). El lenguaje se percibe como una cualidad sagrada, enigmática y extraordinaria del mundo, que sirve como herramienta en la indagación asociada a connotaciones subjetivas del medio y la expresión de la identidad.

Las palabras, al ser trastocadas hacia discursos vacíos que buscan únicamente el aglutinamiento de muchedumbres, convierten a los individuos en seres carentes de propósito, destinados a ser dominados por aquellos obsesionados con la acumulación desmedida de capital. Esta dinámica impide reconocer que «el mundo es asombroso, que minuciosamente vale la pena vivirlo» (Ospina, 2012, p. 65). La existencia humana recobra su coraje cuando descubre en el universo la felicidad, el logro personal, el servicio a los demás y cuando logra conectar con su entorno.

William Ospina, en su obra *La lámpara maravillosa*, elogia el acto de cuestionar el modelo de desarrollo contemporáneo que equipara la educación. En este contexto, las distintas profesiones, cuya misión intrínseca es transformar lo establecido en la sociedad, enfrentan limitaciones derivadas de una ciudadanía desinteresada en el logro de objetivos comunes. Por ende, resulta indispensable que, desde las aulas, se reconozca el papel trascendental del docente como agente de cambio, empleando estrategias pedagógicas que promuevan el juicio reflexivo en los estudiantes.

Referencias

Ospina, W. (2012). *La lámpara maravillosa. Cuatro ensayos sobre educación y un elogio de la lectura*. Random house Mondadori, S.A.